

Paisaje de otoño

DE nuevo, un temporal de lluvias ha causado víctimas —siete muertos ya y bastantes heridos cuando se escriben estas líneas— y perjuicios cuantiosos precisamente en una región del país que ya fue víctima el pasado septiembre de otro violento temporal. Año tras año, y podría decirse que cincuentenario tras cincuentenario, se está asistiendo a unos sucesos de este tipo sin que ningún Gobierno hasta el momento se haya preocupado realmente de poner algún tipo de remedio a la cuestión. Al menos de una manera eficaz, como resulta obvio.

Pero estamos en 1989, hay organismos que llevan el nombre de Protección Civil y, un día sí y otro también, se alardea de posibilidades técnicas que son reales pero que no brillan sino por su ausencia, cuando son precisamente necesarias. El Gobierno Civil de Málaga ha dicho por ejemplo a toro pasado que la situación meteorológica y sus eventuales casi seguras consecuencias se conocían desde el día anterior a la llegada de la tempestad y no se entiende en absoluto que la población no fuera informada, aunque se tomaran otras medidas al efecto. Medidas, por lo demás, insuficientes o que al fin es de suponer que pudieran tomarse. Y de nuevo se ha hecho algo así como una exhibición de descoordinación, ineficacia y chapucería, una vez pasada la tormenta. Pero ¿qué puede hacer un Gobierno Civil en estos casos?

Muertos, desaparecidos, inundaciones en los barrios y lugares de siempre, carreteras cortadas, carreteras que actúan como diques que agravan las inundaciones, y un largo etcétera es una situación que se repite, como decíamos más arriba, con demasiada frecuencia y frente a la cual no se hace o no se ha hecho hasta el momento nada práctico, y ni siquiera sabemos si se va a hacer para el futuro inmediato, si se puede hacer, o si se quiere hacer. Ni siquiera sabemos si entre el dinero a gastar en obras públicas para evitar estos desastres periódicos y el dinero a gastar en faraonismos como los del 92 o el proyecto del TAV y la remodelación del ancho de vía nacional, etc., se seguirá optando por éstos estas ambiciosas y más relucientes empresas. Ni siquiera sabemos si incluso se han otorgado medios ya para evitar todo eso, o todavía no se ha hecho, ni quienes son los responsables, siquiera por omisión; que debe de haberlos.

Mientras la televisión oficial informaba casi en tono triunfalista de que, por fin, tras una tan larga sequía —tema por cierto muy recurrente en la anterior situación política— habían llegado las lluvias, se han ofrecido luego las noticias sobre los desastres de las regiones inundadas como si se tratase de algo fatal e inevitable. Y no han faltado corresponsales de algunos «media» que han noticiado como «cosa curiosa» la resignación de las pobres gentes ante la riada, como si esa conducta pasiva no fuera el testimonio más obvio de su conciencia de marginali-

dad y de impotencia. Y tampoco se sabe si aquí ha acabado la historia, y hemos de quedar a la espera del próximo temporal.

Como la situación es dramática y desoladora y no augura esperanzas ciertas de solución para el futuro, nos ahorramos desde luego los oportunos sarcasmos hacia la modernización y la tecnología punta que puede que estén ahí, mientras nuestros ojos contemplan un espectáculo de otro tiempo ya muy lejano en el que, ante estos sucesos de la naturaleza, se estaba prácticamente inermes.

Hemos hecho, pues, un comentario y una lamentación más ante hechos que ya hemos lamentado y que tendremos que lamentar todavía? Lo más triste de todo es que, efectivamente, ésta es la sensación de la opinión pública: ni críticas, ni lamentos sirven para nada, y ciertamente sólo la conciencia de que pese a todo hay que hacerlo es lo que obliga a hacerlos. Pero con la seguridad práctica de que cambiará nada. ¡Ojalá nos equivoquemos!

Los muertos, los heridos y los desastres de la inundación es como si se hubieran incorporado, ya desde hace años, al paisaje del otoño? Y no se trata de culpar al Gobierno o a la Administración: es como una abulia nacional, una voluntaria negativa a ver la realidad y sus necesidades reales.

El Norte de Castilla

Espacio abierto

Donde ya no vive nadie

FELIX PACHO REYERO

EN el pueblo vallisoletano de Villacreces ya no vive nadie. Los últimos vecinos eran Lorenzo, Vicente, Gregorio y Regina Méndez Torbado, hermanos y agricultores pudientes, viejos los cuatro. Solteros todos, excepto uno que envió sin descendencia. Cuando las fuerzas propias comenzaron a declinar y no había jornaleros para aquellas tierras magníficas de cebada y otros granos, la familia Méndez Torbado marchó a Villada, a seis kilómetros sólo de Villacreces, aunque en la provincia de Palencia. De esto hará sobre media docena de años. Ellos eran el último reducto de la nobleza rural, de un señorío secular sobre haciendas y heredades de la comarca.

Villacreces, al norte de Valladolid, es como una punta de lanza hincada en términos de Palencia y León. Allí se llega, por sendas de cascajo o por barrizales y entre trigos, rastrojeras o barbechos, según la estación, desde las localidades rayanas de Grajal, Arenillas, Galleguillos y Zorita de la Loma. Desde Pozuelos del Rey, en cambio, hay una carreterilla asfaltada.

Cuando asoma la vida

Resulta dramático entrar en Villacreces y llamar a las puertas, porque nadie responde. Puertas abatidas y al desdén, puertas entreabiertas, puertas trancadas... Es lo mismo, es inútil: no contesta nadie. Finalmente, junto a la iglesia medio estrellada, junto a la torre mudéjar, altísima, exenta y vigilante sobre toda la

Tierra de Campos, gritamos en mitad del caserío desvencijado y del silencio: ¡Quién vive! Y nadie responde. Definitivamente éste es un pueblo donde ya no vive nadie.

Al grito, sin embargo, se animó un tanto el paisaje. Era una tarde larguísima de junio, con sol a raudales y amapolas. Un grajo revoloteó entre las vigas de un pajar derruido. Echó a correr un conejo calle adelante hasta desaparecer en los matojos de la fuente pública que colma todavía una poza con tencas y alimenta un regato plagado antaño de cangrejos. Un lagarto entró en la hura de los escombros y salieron palomas de las troneras del campanario.

Otra vez también asomó la vida a Villacreces. Picoteaba una bandada de pardales al pie de las lecheras que descargó una furgoneta de Grajal. Llegó la pareja de la Guardia Civil en moto, porque cuatrerros y depredadores sepan que no pueden hacer impunemente de las suyas. Una lechuga voló desde los tapiales destartados de un palomar con las hornillas vacías y sin amor, como con las tripas al aire, como una ringlera de nichos sin muertos siquiera. Era invierno, justamente al oscurecer de la Nochebuena, y Benigno Redondo encerraba una punta de ovejas que dormirían solas en la corraliza. Redondo lleva en arriendo los pastos de Villacreces, como otros llevan las fincas de cereal, pero vive en Saelices de Mayorga.

—Cuando yo vine aquí, hace veinte años, aún quedaban siete hogares abiertos

—asegura el pastor—. Los criados emigraron pronto y poco después lo hicieron los labradores pequeños, allá por los sesenta y pico. Los ricos se piraron más tarde, porque andaban solos y sin asistencia.

De cuando en vez vuelven los naturales del pueblo y acampan en Villacreces jóvenes amantes de la paz. Aparecen además turistas de curiosidad morbosa y hasta han hecho acto de presencia los salteadores, que profanaron en una ocasión el cementerio, donde siguen en pie unas cruces sobre los yerbajos y alguien echa ramos de flores en las sepulturas.

Y vuelve la soledad

Pero el alma diaria de Villacreces vaga en la soledad. Así ocurrió también en Ainielle, el pueblecito de «La lluvia amarilla», de Julio Llamazares, y en Cureña, el de «El disputado voto del señor Cayo», de Miguel Delibes. Menudean en la literatura actual relatos similares a los de Llamazares y Delibes, aunque no tan buenos. Otro ejemplo, en este caso científico y estremecedor, es el libro «Becerro de las behetrías», anotado por el catedrático Gonzalo Martín Díez, que incluye mapas con casi quinientas localidades desaparecidas en Castilla desde hace seis siglos. Y no hay que ir tan lejos: en la provincia de León han muerto decenas de pueblos de 1950 para acá, unos deshabitados porque sus moradores fueron empujados a los núcleos industriales y otros sumergidos bajo el agua de los pantanos. De poco sirven planes oficiales para rehabilitación

de pueblos abandonados. Esos planes no pasan de retórica huera, excepto en ciertos asentamientos rurales recuperados temporalmente por los sindicatos para vacaciones de sus militantes.

Pero sigamos caminando por las calles desiertas de Villacreces. Abundan por doquier tirantes y machones quebrados, aguantando sobre paredes maltrechas de adobe. Observamos alguna señal de casa grande de labranza: ladrillo con verja en la balconada, gloria bien ramificada por todas las habitaciones, cocina económica con un cuadro bordado que dice «Dios bendiga el pan de nuestro hogar», bodega con portón de bardal y zarcera bien pinada. En la alcoba principal, de cuarterones rotos, vemos una cuna de madera caronchosa y una estampa en color de San Luis Gonzaga. Aún quedan manteos, tapabocas y tambas sobre una cómoda desconchada y sin cajones. En el corral reposan dos carros de mulas con llantas de hierro, una aventadora herrumbrosa, un tartanón con la cubierta agujereada, trillos y colleras.

La pila bautismal de la iglesia está partida en dos. Parece que un cura llevó al Obispado los libros de cristianados, los de casados y difuntos, mientras el Registro Civil fue depositado en el Ayuntamiento cercano de Santervás. Pero qué más da, para qué sirven tales libros si no hay nada que escribir en ellos. Las campanas de muchos pueblos de Castilla y León ya no tocan a bodas y bautizos. En Villacreces ni siquiera tocan a posa. Allí no vive nadie. Tampoco se muere.



NISSAN-TRADE VAN
EL GALGO DEL
TRANSPORTE.
NISSAN
Concesionario
VIVAPA, S.A.
Comercial y Repuestos: Plaza Poniente, 3 Tlf. 339333-330255
Servicio PostVenta y Talleres: Ctra. de León, Km. 194 Tlf. 335633-335799



Salones
LONDRES
* PELUQUEROS *

MIGUEL ANGEL
c/Santiago, 4 - Tel. 352341.
VALLADOLID

MISTER DORIC
c/Angustias, 13 - Tel. 256738
VALLADOLID

NUEVA PLANTILLA
DE ESTILISTAS